¿CÓMO PUEDE SER JUSTA LA GUERRA ALGUNA VEZ?

POR

GILBERT MURRAY

Regius Profesor de Griego en la Universidad
de Cambridge



10 CENT.

THOMAS NELSON & SONS

189 Rue St. Jacques, Paris

EDIMBURGO NUEVA YORK LONDRES

¿Cómo puede ser Justa la Guerra alguna Vez?

POR

GILBERT MURRAY

Regius Profesor de Griego en la Universidad de Cambridge





THOMAS NELSON & SONS

189 Rue St. Jacques, Paris

EDIMBURGO NUEVA YORK LONDRES

¿ Cómo puede ser Justa la Guerra alguna Vez ?

Durante toda mi vida he sido un defensor de la paz. Odio la guerra, no sólo por sus crueldades y locuras, sino porque es la enemiga de todas las causas que más me interesan : del progreso social, del buen gobierno y de todo sentimiento de amistad y dulzura de la vida, así como también del arte, del conocimiento y de la literatura. He hablado y presidido más reuniones de las que puedo recordar en favor de la paz, del arbitraje y del fomento de la amistad internacional. Combatí con todas mis energías la política guerrera en el Sur de Africa y he sentido franca hostilidad ó interna antipatía hácia casi todas las guerras sostenidas por la Gran Bretaña durante mi vida. Si se me permite hablar más personalmente, diré que en ninguna de mis obras he puesto tan intensa emoción como en mi traducción de las *Mujeres troyanas*, de Eurípides, donde por primera vez en la literatura europea se condena vigorosamente la guerra. No estoy arrepentido de ninguna palabra que haya dicho ó escrito por la causa de la paz, ni que yo sepa he modificado ninguna de las opiniones sostenidas anteriormente sobre este asunto. Sin embargo, creo que hicimos bien en declarar la guerra á Alemania el 4 de Agosto de 1914 y que hubiera sido una infracción del deber público el haber permanecido neutrales en esa crisis.

No hay duda : sobre la Gran Bretaña pesa una gran responsabilidad. Nuestras aliadas, Francia y Rusia, Bélgica y Servia, no tenían otra alternativa : en grado diverso, se les impuso la guerra. Sólo nosotros, después de examinar detenidamente la situación,

declaramos la guerra por nuestra libre voluntad, en un tiempo en que Alemania hubiera preferido, por el momento, no luchar con nosotros. E hicimos bien.

¿ Cómo puede ser tal cosa ? No cuesta mucho ver que nuestra causa es justa y que la causa alemana, juzgada por todas las corrientes normas humanas, es desesperadamente injusta. Es casi imposible examinar los documentos oficiales publicados por los Gobiernos de Inglaterra, Alemania y Rusia sin ver que Alemania—ó una parte de ella—había preparado esta guerra de antemano ; que escogió el momento en que supuso á sus vecinos en desventaja ; que impidió á Austria llegar à un arreglo aun en los últimos momentos ; que violó el Tratado con Bélgica para estar más rápidamente en Francia. Hay testimonios irrebatibles que parecen probar cómo la violación fué accompañada de una preconcebida crueldad que no tiene equivalente en las guerras de las naciones modernas y civilizadas. Sin embargo, hay quien acaso sienta todavía graves dudas. Las malas acciones de Alemania no justifican que nosotros obremos de igual suerte. Hicimos cuanto pudimos por mantener la paz general ; en eso obramos bien. Fracasamos ; el gobierno alemán declaró la guerra á despecho de nosotros. Tuvimos esa desgracia. Era ya una guerra de enormes proporciones, una vasta red de desdichas envolviendo á cinco naciones, y nosotros resolvimos extenderla aún más. En eso hicimos mal. ¿ No pudimos haber permanecido aparte, como los Estados Unidos, dispuestos á ayudar á refugiados y menesterosos, ávidos de curar heridas en vez de inferirlas, acechando la primera oportunidad para poner término á esta época de horror ?

—" Esfuércense por un momento—podría decir un contrario de nuestra política—en darse cuenta de los sufrimientos contenidos en un rinconcito del campo de battalla. Ustedes han visto alguna vez un hombre mal herido en un accidente ; acaso hayan visto ustedes un caballo con sus costillas rotas y recordarán qué terrible les pareció. En ese rincón, ¿ cuántos hombres, cuántos caballos yacerán heridos mucho peor y esperando el momento de morir ? ¡ Heridas indescriptibles, agudísimos tormentos, y todo ello multiplicado y multiplicado mucho más de lo que alcanzan á ver los ojos ! ¿ Y qué han hecho éstos, á pesar de la justa indignación de ustedes contra Alemania ? Los caballos no tienen la culpa de la política extranjera de nadie. Han venido á donde sus amos los han

traido. Y sus amos mismos. . . . Admitiendo que ciertos alemanes de alta categoría, de cuyos nombres no estamos seguros, son tan malvados como ustedes quieran, hay que reconocer que estos soldados, labriegos y obreros, comerciantes y maestros de escuela, no han hecho realmente nada de particular; acaso ahora sí, pero no antes del momento en que ustedes, viendo que ellos estaban ya complicados en la guerra y la desdicha, decidieron declararles también la guerra y aumentar sus sufrimientos. Dicen ustedes que hay que castigar á los conspiradores y malhechores públicos. Pero por lo que se refiere á la justicia ó injusticia de la guerra, ustedes simplemente están condenando á muerte, mutilación y tormento á millares y millares de hombres inocentes. ¿Es ese el mejor medio de satisfacer su sentimiento de justicia? Dirán ustedes que esta gente inocente combate para proteger á los delincuentes que ustedes están resueltos á dar alcance. Perfectamente, acaso al final de la guerra, después de haber hecho sufrir á millones de seres inocentes, puedan ustedes á la postre, si todo favorece á sus armas, apoderarse de los 'reos.' Abrirán ustedes una información, con imperfectos testimonios y jueces parciales; decidirán ustedes—lo más probable es que equivocadamente—que los reos son una docena de prusianos muy estúpidos y testarudos, decorados con largos títulos, y aun entonces no sabrán ustedes qué hacer con ellos. Probablemente tratarán ustedes—y es casi cierto que fracasen—de hacerles de algun modo sentirse avergonzados ó humillados. Pero es bastante probable que ustedes les conviertan en héroes nacionales.

"Y después de todo, aquí estamos suponiendo la mejor de las guerras: una guerra en la cual parte no tiene razón y la otra sí y en que gana la segunda. Pero supóngase que ninguna de ellas tiene razón ó que gana la parte injusta. Ello es tan probable como improbable, pues si á la parte justa le ayuda su conciencia de obrar bien, la injusta se ha esforzado probablemente en adquirir ventajas de su lado antes de empezar á reñir. En ese caso, todo el enorme gasto en sangre y dinero, todo el immensurable sufrimiento de hombres inocentes y mudos animales, todas las lágrimas de mujeres y niños en el fondo de la escena, han tenido lugar, no para vindicar el bien, sino para establecer el mal. Bien está que se haga un poco de mal para que venga un bien grande ó seguro; pero hacer un mal casi infinito por la dudosa probabilidad de lograr algo que la

mitad de la gente afectada por ello puede creerlo bueno y la otra mitad malo, y lo cual en ningún caso concebible puede obtenerse en toda su plenitud ó pureza, no es ni buena moral ni buen sentido. Cualquiera que no esté dominado por la pasión debe ver que es una locura."

Simpatizo con todas las fases del argumento anterior; sin embargo, lo creo equivocado. Eso es juzgar la guerra como una cuestión de pérdidas y ganancias, y, por otra parte, es no tener en cuenta sino las consecuencias materiales inmediatas. En él se pierde de vista el hecho cardinal de que en algunas causas es mejor luchar y quedar deshecho que ceder pacíficamente; que algunas veces el mero hecho de resistir á la muerte es en sí mismo una victoria.

Tratemos de comprender esto. Los griegos que combatieron y murieron en las Termópilas no tenían duda alguna de que hacían bien en luchar así y morir y la posteridad está de acuerdo con ellos. Probablemente sabían que serían derrotados. Probablemente suponían que después de su derrota, los persas avanzarían fácilmente á conquistar el resto de Grecia y que la tratarían con mayor dureza por haberse resistido. Pero tales consideraciones no influyeron sobre ellos. No quisieron aceptar la deshonra de su país.

Considérese ahora un caso moderno muy claro: la hermosa historia de un turista francés á quien cogieron unos salteadores moros junto con un sacerdote y algunos blancos más. Los moros dieron á sus prisioneros á escoger entre pisotear la Cruz ó ser muertos. El francés era librepensador y anticlerical. Le desagradaba el cristianismo. Pero no quiso pisotear la Cruz por orden de un bandido. Hízose solidario de sus compañeros y murió.

Este sentido del honor y el respeto por este sentido del honor son instintos muy profundos en el promedio de los hombres. En los Estados Unidos existe un fuerte sentimiento contrario á la mezcla de sangres, no sólo con los negros, sino con esas grandes masas humanas de piel morena denominadas "dagoes" ó "hunkies." Sin embargo, he observado que aquellas personas que llevan en sus venas sangre de piel roja no se avergüenzan, sino más bien sienten orgullo. Si se busca una razón, sospecho que se encontraría en la reputación especial adquirida por esta clase de indio, á saber, que jámas quiso avenirse á ser esclavo. Prefirió luchar hasta morir.

Indudablemente, se dicen muchas tonterías sobre el "honor" y el "deshonor." Hay emociones basadas en el sentimiento y no en la razón; frecuentemente las normas por medio de las cuales se las juzga son convencionales y vacías y á veces extremadamente falsas. Sin embargo, el honor y deshonor son cosas reales. No trataré de definirlas, pero indicaré únicamente que su característica, como la de la religión, es no admitir regateos. Casi podemos pensar que el honor es sencillamente aquello que un hombre libre estima más que su vida, y el deshonor aquello que esquiva más que el sufrimiento ó la muerte. Y lo importante para nosotros es que existen tales cosas.

Hay algunas gentes, discípulos de Tolstoy, que aceptan esta actitud por lo que se refiere á morir, pero que la rechazan por lo que respecta á matar. Esta bien—dicen—la resistencia pasiva; justo es el martirio; pero resistir á la violencia es pecado.

Una vez paseaba yo con un amigo mío y discípulo de Tolstoy por una senda campesina; delante corría una niña de pocos años. Le hice la conocida pregunta:

—Supóngase un hombre, perverso, borracho, ó loco, que viniese corriendo y atacase á esa niña. Usted que es un hombre fuerte y lleva consigo un bastón ¿no le detendría y en caso necesario le haría rodar por el suelo?

—No—dijo—¿por qué habria de cometer un pecado? Trataría de persuadirle, me pondría delante de él, dejaría que me matase; pero no le pegaría.

Siempre se encontrarán algunas gentes, aunque menos de una entre mil, que opten por esta actitud. Dirán: "Perezca la niña ó sea robada; cometa el hombre perverso otra perversidad; de todas suertes, yo no aumentaré la cantidad de inútil violencia que veo á mi alrededor."

Con tales personas no se puede razonar, aunque á menudo pueda uno respetarlas. Casi todo hombre normal pensará que el verdadero pecado, el verdadero deshonor consiste en permitir que se cometa un acto abominable ante nuestros ojos cuando se tiene la fuerza para impedirlo. Y cuanto más fuerte uno sea, cuanto mayor la probabilidad de éxito, tanto más está uno obligado á intervenir. Si los bandoleros son abrumadoramente fuertes y no hay medio de vencerlos ó desbaratarlos, entonces, sólo entonces, hay que pensar en el martirio. El martirio no es la posibilidad mejor. Es casi la

peor. Es una solución desesperada, el último recurso cuando ya no queda esperanza de resistir victoriosamente. Lo mejor—suponiendo que los salteadores estén ahí y que intenten cometer un crimen—lo mejor es intimidarlos inmediatamente; después, lo mejor es vencerlos tras una lucha áspera; en tercer término, lo mejor es resistir en vano y sufrir martirio; lo peor de todo, el único mal que nunca hay necesidad de sufrir, es permitirles que se salgan con la suya sin protesta. (En cuanto a convencerles de su maldad, ese es un proceso que puede tener lugar después.)

Se habrá observado que en todos estos casos de honor no se cuenta ó por lo menos parece no contarse el costo, que no hay balance del bien y del mal. En nuestra conducta corriente, hacemos siempre el balance de los resultados probables según se obre de esta ó la otra manera; pero cuando el honor ó la religión entran en escena, cesa todo balance. Dígasele al mártir cristiano:

"—Supongamos que usted quema una dedada de incienso. ¿Qué mal hay en ello? Todos sus amigos saben que usted es un verdadero cristiano; no se dejarán engañar. Nada habrá ganado el ídolo por el incienso ni habrá perdido nada el verdadero Dios de usted. ¿Por qué atraer el infortunio sobre usted y toda su familia?"

O argúyase como un ateo francés:—"¿Por qué no pisotear la Cruz? Tiene usted reparos con el signo del clericalismo. Aunque el pisotearla desfigure un poco sus sentimientos, el daño es pequeño. ¿Quién saldrá perdiendo nada por ese pisoteo? En cambio, vivirá usted en vez de morir y toda su familia será feliz en vez de desgraciada."

O dígase al piel roja:

"—Amigo mío, es usted uno contra diez. Si se somete usted á estos hombres de rostros pálidos y es siempre cortés y servicial, probablemente le tratarán á usted muy bien. Si no le tratan bien, puede considerar la situación más tarde. No hay necesidad de que se mate inmediatamente."

La gente á que nos hemos referido no condescendería á responder á estas razones. Acaso puedan responderse, acaso no. Pero la esencia de la religión ó del honor es que debe sobreponerse á todas las consideraciones materiales. Se toca al honor en aquel punto en que un hombre responde á alguna proposición:

"—No lo haré. Prefiero morir."

Estas cosas se ven más fácilmente cuando se trata de un hombre

que cuando se trata de una nación entera. Pero también se les presentan á las naciones. En el caso de una nación, las consecuencias materiales son mucho mas grandes y en general el punto de honor suele ser menos claro. Sin embargo, siempre que una nación, en su trato con otra, no cuente sino con la fuerza ó el fraude y niegue á su vecino la consideración corriente que se debe á los seres humanos, tiene que surgir una cuestión de honor.

Austria dice repentinamente á Servia:—"Eres un pequeño Estado lleno de maldad. Yo he anexionado y gobernado contra su voluntad á varios millones de compatriotas tuyos; sin embargo, aún estás animado de sentimientos antiaustriacos, que no estoy dispuesta á consentir. Despedirás de tu servicio á todos los empleados, políticos y soldados que no amen á Austria, y de tiempo en tiempo te enviaré listas de personas á quienes has de despedir ó matar. Y si no das tu consentimiento á esto en el término de cuarenta y ocho horas, te obligaré yo, que soy mucho más fuerte que tú."

Servia hizo cuanto pudo por satisfacer las exigencias de Austria; aceptó dos terceras partes de ellas y pidió arbitraje sobre la tercera restante. Pero bien claro está que no pudo aceptarlas todas sin quedar deshonrada. Esto es, Servia hubiera renunciado á su libertad ante la amenaza de la fuerza; los servios hubieran dejado de ser un pueblo libre y cada individuo servio hubiera quedado humillado. Hubiera tenido que confesar que era un hombre dispuesto á ceder ante la intimidación de un austriaco. Y si se arguye que bajo un Gobierno austriaco Servia sería mas rica y estaría más segura y que los labriegos servios obtendrían mejores mercados, no se puede prestar oídos á tales razonamientos. Son el precio que se ofrece por la esclavitud y un hombre libre no puede aceptar la esclavitud á ningún precio.

Alemania dice á Bélgica (por el momento prescindimos de los compromisos especiales que habia contraido Alemania en un Tratado):

"—Ningún motivo de riña tenemos contigo, pero por ciertas razones tenemos el propósito de atravesar tu territorio y acaso librar en él una batalla ó dos. Sabemos que un Tratado te obliga á no permitir tal cosa, pero no podemos remediarlo. Consiente, y luego te daremos alguna compensación; rehusa, y te trataremos de suerte que más te valiera no haber nacido."

En aquel momento Bélgica era un Estado libre, independiente. Si hubiese cedido á la pretensión de Alemania hubiera dejado de ser ambas cosas. Si Alemania hubiera triunfado completamente y Francia no hubiera podido tomar represalias, es posible que Bélgica no hubiese sufrido grandes daños materiales; pero hubiera aceptado órdenes de un extranjero que no tenía derecho á darlas, por la sencilla razón de ser él fuerte y no atreverse Bélgica á encararse con él. Rehusó Bélgica. Han sido destruidas algunas de sus ciudades principales; muertos algunos miles de sus soldados; ultrajados y reducidos á mendicidad muchos miles más de sus mujeres, niños y no combatientes; pero aún es libre. Todavía tiene su honor.

Examinemos este asunto más detenidamente. Dice nuestro tolstoyano:—"Hablamos del honor de Bélgica y del honor de Servia. Pero ¿quién es Servia y quién es Bélgica? No hay ninguna persona de tal nombre. Sólo hay grandes masas de seres que son servios y belgas y la mayor parte de los cuales nada tienen que ver con las cuestiones en disputa. Algunos son honrados, otros no. El honor de cada uno depende de que pague sus deudas y diga la verdad, pero no depende lo más mínimo de que cierto número de extranjeros pasen por su país ó se entremetan en su gobierno. El rey Alberto y sus ministros podrían sentirse humillados si el gobierno alemán les obligase á ceder contra su voluntad; pero ¿se sentiría la población general? El labriego ó el tendero ó el artesano de las regiones de Visé, Lieja y Lovaina, ¿se hubiera sentido difamado ó avergonzado? Probablemente, hubiera ganado algún dinero y se hubiera divertido en grande con el espectáculo de ver pasar las tropas. ¿Quién pretende que lo que entonces hubiera sufrido se puede comparar por un momento con lo que ha sufrido ahora, para que el Gobierno se sienta orgulloso de sí mismo?"

Dejaré á un lado la cuestión de que el dejar vía libre á Alemania hubiera equivalido á declarar la guerra á Francia, de suerte que Bélgica, al renunciar á su independencia, no se hubiera ahorrado el peligro de una guerra. Supondré que sólo estaba implicado el honor. De esa forma, esta cuestión toca la raiz de toda nuestra concepción de la ciudadanía y el lugar del hombre en la sociedad. Y yo creo que nuestro amigo el tolstoyano está profundamente equivocado.

En un Estado fuerte y bien gobernado, ¿es cierto que el ciudadano medio es indiferente al honor de su país? Sabemos que no lo es. Ciertamente, el ciudadano medio puede no comprender á menudo lo

que está pasando, pero tan pronto como lo sabe, se interesa por ello. Supóngase que se descubriese que el rey, el presidente del consejo de ministros ó el presidente de los Estados Unidos estuviese pagado por un país extranjero, como, por ejemplo, lo estuvo Carlos II por Luis XIV. ¿ Puede pretenderse que los ciudadanos de la Gran Bretaña ó de América lo aceptarían tranquilamente ? Es absurda la idea de que un hombre normal pudiese decir :

" Perfectamente, el rey, ó el presidente de la República, ó el presidente del Consejo de ministros se está conduciendo de un modo deshonroso ; pero eso es cuestión suya y no mía. Yo soy un hombre decente y honrado y mi gobierno puede hacer lo que le plazca."

El ciudadano ordinario sentirá instantáneamente y sin vacilación que en el honor de su país estaba envuelto el suyo propio. ¡ Y desgraciada la sociedad donde sucediese otra cosa ! En la historia hallamos algunas sociedades de esas. Son del género de las llamadas " corrompidas " y generalmente viven poco. Bélgica ha demostrado que no es de ese género de sociedad.

Pero ¿ qué decir de la misma Gran Bretaña ? En el momento actual ha surgido un caso clarísimo y en él podemos poner á prueba nuestros sentimientos. La Gran Bretaña se había comprometido, mediante un solemne Tratado renovado más de una vez, á mantener la neutralidad de Bélgica. Bélgica es un Estado pequeño situado entre dos fuertísimos, Francia y Alemania, y amenazado del peligro de que lo invada ó maltrate uno de ellos, á menos que las grandes potencias garanticen su seguridad. El Tratado, que lo firmaron Prusia, Rusia, Austria, Francia y la Gran Bretaña, obliga á estas potencias á no atacar á Bélgica, á no penetrar con tropas en ella y á no anexionar ninguna parte de ella ; además obliga á resistir por la fuerza armada á cualquier potencia que intentase hacer cualquiera de estas cosas. Por su parte, Bélgica estaba obligada á conservar su propia neutralidad por todos los medios disponibles y á no unirse á ningun Estado que estuviese en guerra con otro.

A fines del pasado Julio surgió exactamente el caso en que nosotros nos habíamos comprometido á obrar. Alemania invadió á Bélgica repentinamente y sin excusa, y Bélgica apeló á nosotros y á Francia para defenderla. Entretanto combatió sola, desesperadamente, contra abrumadoras fuerzas superiores. El problema estaba claro y libre de toda complicación. El canciller alemán, Bethmann Hollweg,

en su discurso del 6 de Agosto, reconocía que Alemania no tenía agravio alguno contra Bélgica y ninguna excusa fuera de la "necesidad." No podía ir bastante aprisa á Francia por el camino directo. He aquí las razones que nos dió Alemania, en líneas generales :

" Ciertamente, vosotros firmasteis un Tratado, pero ¿ qué es un Tratado ? Nosotros firmamos el mismo Tratado y ya veis lo que estamos haciendo. De todas suertes, Tratado ó no Tratado, tenemos á Bélgica completamente en nuestro poder. Si hubiera hecho lo que nosotros queríamos, la hubiéramos tratado con amabilidad ; después de lo ocurrido, no habrá para ella misericordia. Si vosotros hacéis ahora lo que nosotros queremos y os estáis quietos, más tarde, cuando así nos convenga, veremos el modo de hacer un arreglo amistoso con vosotros. Si os entremetéis, tendréis que sufrir las consecuencias. Confiamos que no estaréis tan locos para poner todo vuestro Imperio en peligro por causa de un " pedazo de papel."

Nuestra respuesta fué :

" Evacuad Bélgica en el término de doce horas ó lucharemos contra vosotros."

Yo creo que esa respuesta fué justa. Examínese la situación detenidamente. Por nuestra parte no hubo precipitación ni falta de paciencia. Desde el primer momento de la crisis, trabajamos día y noche en todas las Cortes de Europa en busca de cualquier medio posible de conciliación y paz. Con todo cuidado, sinceramente, habiamos explicado de antemano á Alemania cual sería nuestra actitud. No enviamos nuestro ultimatum hasta que Bélgica estaba ya invadida. He aquí la sencilla cuestión que se la presentaba al gobierno británico y creo que á cualquiera que se sienta ciudadano británico :

" Ha surgido el caso preciso previsto en vuestro Tratado : están exterminando al pueblo que jurasteis proteger. ¿ Mantendréis vuestra palabra aunque os cueste un precio gigantesco ó faltaréis á ella por invitación de Alemania ? "

Por mi parte, pesando toda la cuestión serena y desapasionadamente, creo que en este caso hubiese preferido morir antes que ceder y creo que el Gobierno, al resolverse á mantener su palabra á costa de una guerra, ha interpretado exactamente el sentimiento del promedio de los ciudadanos británicos.

Baste con lo dicho acerca de la cuestión de honor, puro y simple ;

del honor sin pensar en las consecuencias. Pero en la verdadera vida política las situaciones no son, naturalmente, tan sencillas como eso, sino que tienen muchos aspectos y ramificaciones diferentes. Y en el caso actual, aunque occurre que la cuestión de honor es completamente clara, parece probable que aun sin ella había razones que obligaban á la guerra. Claro es que ni por un momento quiero decir que la guerra iba á ser " beneficiosa " para la Gran Bretaña ; tal cálculo sería infame. Quiero decir que, terribles como tenían que ser las consecuencias de intervenir nosotros en la guerra, lo probable es que fuesen aun más profunda y ampliamente funestas las consecuencias de no haber obrado así.

Dejemos, pues, aparte el Tratado concreto que nos obligaba respecto de Bélgica. Independientemente de eso, nos hallamos ante un complicado problema de alta política, de prudencia y de patriotismo hacia nuestro propio país y hacia la humanidad.

Durante años Alemania ha constituido un problema para Europa. Desde que derrotó á Francia en 1870, le ha acompañado extraordinariamente el éxito y parece haberla embriagado. Este es un tema complicado que exige un conocimiento mucho más hondo del que yo poseo. Simplemente, trataré de fijar, lo mejor que pueda, la impresión adquirida en una gran cantidad de lecturas y observaciones. Desde el punto de vista de un hombre que realmente cree que las grandes naciones deben comportarse las unas respecto de otras tan escrupulosa y honradamente como los hombres respetuosos de la ley, ninguna potencia en Europa, ó fuera de ella, está sin culpa. Todas ellas tienen ambiciones ; todas ellas, hasta cierto punto, emplean espías ; todas ellas, dentro de ciertos límites, tratan de superar á las demas en listeza ; en sus relaciones diplomáticas no sólo cuentan con los títulos del buen sentido y de la justicia, sino en último término, indudablemente, con la amenaza de la fuerza. Pero, dentro de la relatividad, Alemania hace todas estas cosas en mayor escala que las demás potencias. En su diplomacia, la fuerza aparece en seguida en primera línea y apenas se menciona la justicia internacional. Gasta cantidades inmensas en su " servicio secreto," hasta el punto que los espías alemanes se han convertido en un lugar común y en un objeto de broma. En el admitido deporte de la traición internacional, quebranta con frecuencia las reglas del juego. Su emperador, su canciller imperial y otras gentes que ocupan los más elevados puestos de responsabilidad exponen sus ambiciones y

proyectos en un lenguaje que en Inglaterra ó Francia sólo emplearia un periodista irresponsable. Discuten, por ejemplo, si ha llegado la hora de conquistar una vez más á Francia y cuál es el mejor medio de dejarla sin una gota de sangre y de reducirla á impotencia. Explican que Bismarck y su generación han hecho de Alemania la potencia más fuerte del Continente. En Europa "se respeta ahora la voluntad de Alemania"; el actual emperador se ha encargado de hacer que análogamente se la respete en todo el mundo. "El futuro mundial de Alemania está en el mar." Discuten si pueden construir una Marina bastante fuerte para luchar contra la inglesa y derrotarla, sin que se interponga la Gran Bretaña. Discuten en público cuántas colonias y cuáles dejarán á la Gran Bretaña cuando llegue el gran "Día." Se lamentan y al mismo tiempo—por lo que uno puede inferir—se sorprenden sinceramente un poco de que "el egoismo brutal de la Gran Bretaña" presente objeciones á este plan, y confían—abierta y públicamente—que su notoria debilidad y cobardía harán que tenga miedo de obrar. Como la Gran Bretaña tiene un vasto número de súbditos mahometanos, que acaso pueden ser movidos á descontento, el emperador alemán anuncia á "los tres cientos millones de mahometanos que viven esparcidos en le Globo" que siempre que de él necesiten, el emperador alemán será su amigo. ¡Y esto en 1898, en medio de una paz profunda! En las universidades alemanas los profesores dan conferencias sobre la mejor manera de destruir el Imperio británico, y en las comidas de la Marina alemana los oficiales brindan constantemente por "El Día." No hay necesidad de explicar qué Día. Lo curioso es que todos estos planes están expuestos en discursos públicos y en libros, extraños libros donde parece no tenerse en cuenta el sentido civilizado de la justicia internacional y de la honradez común, así como tampoco el sentido de una común prudencia política; libros donde se exponen los proyectos de un consumado ladrón con el candor de un niño.

Y á través de este periodo, durante el cual conspira contra sus vecinos y les dice que está conspirando, Alemania vive en un estado de alarma. ¡Sus vecinos son tan malos amigos! Su actitud puede ser correcta, pero no es de confianza ni cordial. El canciller imperial von Bülow declara en su libro que sólo una vez pudo respirar libremente. Fué en 1909, cuando Austria, su aliada, se anexionó por la violencia y contra sus compromisos las dos provincias eslavas de

Bosnia y Herzegovina. Toda Europa se indignó, especialmente Rusia, la protectora natural de los eslavos, é Inglaterra, la defensora habitual de las pequeñas nacionalidades. Pero Alemania puso pié en tierra. El Kaiser "se presentó en brillante coraza junto á su aliada" y ninguna potencia se atrevió á intervenir. Alemania no tenía razón. Todo el mundo sabía que no tenía razón. Precisamente ese hecho era tan consoldador. Su ejército era bastante grande; su marina era bastante grande. Y por el momento la temerosa criatura se sintió segura.

En fin, debemos recordar que fué Alemania la que inició la carrera de los armamentos y que se ha negado firmemente á tomar en consideración las repetidas proposiciones de Rusia para limitar los ejércitos y las de Inglaterra para limitar las marinas.

Ahora bien, durante algún tiempo fué posible quitar importancia á estas señales de peligro, y yo, por mi parte, siempre he intentado quitársela. En todos los países hay militaristas y jingos; frecuentemente el nuestro los ha tenido de sobra. Los de la especie alemana eran extraordinariamente vocingleros, pero no se deducía de ahí que todo el país estuviese con ellos. El Kaiser, siempre impulsivo, dijo en conjunto más cosas amistosas que hostiles. De todas suertes, parecía más prudente y más político responder á la provocación con buenas formas y tratar de alentar á los elementos más liberales y razonables de la vida pública alemana por medio de una persistente actitud amistosa. Esta política pareció posible hasta Julio del año actual. Entonces se nos impusieron ciertos hechos. Todos ellos están detallados en el Libro Blanco y demás correspondencia diplomática.

Repentinamente descubrimos que Alemania y Austria, ó algunas partes conspiradoras de Alemania y Austria, habían preparado un gran golpe, como el de 1909, en mayor proporción. Era de una naturaleza tan visiblemente agresiva, que su aliada, Italia, la tercera potencia de la Triple Alianza, se negó solemnemente á proceder con ellas. La Alianza sólo era aplicable á una guerra defensiva. Con todo cuidado se había escogido el momento. Suponían que Inglaterra estaba al borde de una guerra civil en Irlanda y de un nuevo motín en la India. Francia acababa de pasar por un escándalo militar, en el cual se había visto que el ejército andaba falto de botas y munición. Rusia, además de sufrir una huelga general y

otros trastornos interiores, estaba equipando sus tropas con un arma nueva y solo se había operado la mitad del cambio. Se escogió hasta el día. Fué una semana en que casi todos los embajadores estaban lejos de sus puestos, disfrutando de sus vacaciones veraniegas: el embajador inglés en Berlín y Viena, el ministro de Estado austriaco, el presidente del consejo de ministros francés, el presidente del consejo de ministros servio, el mismo Kaiser y otros que podían haber ejercido una influencia moderadora sobre los planes del partido guerrero. Repentinamente, sin una palabra de aviso á ninguna potencia, Austria envió su ultimatum á Servia, que debía contestarlo en cuarenta y ocho horas. Pasaron diez y siete horas de estas cuarenta antes de que se enteraran las demás potencias y Austria declaró la guerra á Servia antes de que todos los embajadores estuvieran de regreso en sus puestos. Los principales estadistas de Europa se pasaron toda la noche buscando un medio de conciliación, de arbitración y aun de simple dilación. En el último momento, después de haber regresado el ministro de Estado austriaco y aceptado una base de negociación con Rusia, todo parecía indicar que podría mantenerse la paz; pero en ese momento, Alemania lanzó su ultimatum contra Rusia y Francia y Austria estaba ya invadiendo á Servia. A las veinticuatro horas seis potencias europeas estaban en guerra.

Ahora bien, todavía no se conoce la historia secreta de esta extraña intriga. Tardaremos unos cincuenta años en conocerla. Es imposible creer que la nación alemana hubiera apoyado la conspiración, de haberla comprendido. Difícil suponer que el Kaiser lo hubiera hecho; el ministro de Estado austriaco, una vez de vuelta, trató de deshacer la obra de sus subordinados. Pero de alguna manera los partidos de la guerra de Alemania y Austria fueron supremos durante una semana fatal y se arreglaron para arrastrar á sus países tras ellos.

Nosotros vimos, como lo vió Italia, que Alemania había preparado la guerra. Vimos cómo rompía sus Tratados y arrollaba á la pequeña Bélgica, del mismo modo que su aliada pisoteaba á la pequeña Servia. Recordamos sus amenazas contra nosotros. Y en este mismo momento, como para ahondar nuestras sospechas, nos hizo lo que ha sido justamente calificado de una "proposición infame," á saber, que si condonábamos ahora su violación de Tratados, celebraría después con nosotros una "inteligencia."

Supóngase que no hubiéramos estado comprometidos con Bélgica por nuestro Tratado ó que ni siquiera nos ligase á Francia una amistad natural y sin ceremonia. ¿Qué hubiéramos podido hacer? Quiero examinar la cuestión desde el punto de vista de un estadista que tiene deberes para con su país y para con Europa.

En mi opinión, lo único que no pudimos haber hecho fué repudiar nuestra responsabilidad. Somos una potencia muy fuerte, una de las más fuertes del mundo. Aquí, ante nuestros ojos y al alcance de nuestros cañones, se estaba haciendo una cosa que amenazaba á todas las criaturas de Europa. He aquí lo único que ningún estadista podía decir:

"—Esto no es de nuestra incumbencia. Nosotros seguiremos nuestro camino como de costumbre."

Era perfectamente posible quedarse á un lado y proclamar nuestra neutralidad. Pero—aparte de las cuestiones de honor—proclamar la neutralidad era un acto tan grave como proclamar la guerra. Nadie se imagine que con estarse quieto mientras se comete un crimen ante los ojos se elude la responsabilidad del asesinato.

No discutiré aquí sobre cuál hubiera sido la decisión justa. Al contrario de una cuestión de honor, ello depende de un cuidadoso balance que se haga de los testimonios y las consecuencias, y en este país apenas nadie, exceptuado el gobierno, tiene suficiente conocimiento para hacer el balance. Por mi parte, hubiera empezado mostrando una fuerte predilección por la paz, aun por una paz fragmentaria, pero en último término me hubiera dejado guiar principalmente por los hombres públicos en quienes más confío. Pero tal como ocurrieron las cosas, nuestro gobierno no tuvo necesidad de decidir sobre este difícil problema, pues Alemania se adelantó y dejó clara la situación. La manera en que trató á Bélgica no sólo provocó nuestra apasionada indignación, sino que nos puso en el dilema de declarar la guerra ó de faltar á la palabra empeñada. Sin embargo, me inclino á creer que nuestro bienestar depende tan vitalmente de respetar el Derecho público y los derechos de las naciones y que correría tan terrible peligro si Alemania pudiese establecerse en son de conquista en Dunquerque y Calais, que en este caso nos hubiera forzado á luchar el mismo instinto de conservación. No me aventuraré á exagerar las esperanzas que podemos abrigar respecto de la constitución de una Europa mejor al término de la guerra, una Europa que solucione sus viejas disensiones é

invente un mecanismo especial para resolver las nuevas dificultades conforme surjan, tomando por base la justicia y la concordia, no la intriga y la fuerza. Perfectamente; esperemos esa reconstrucción, trabajemos por ella; pero será, cuando se presente, una tarea extremadamente difícil, y sus mismos comienzos quedan lejos, separados del momento de ahora y de la tarea inmediata por muchos riesgos formidables. No tenemos derecho á apaciguar nuestra conciencia, respecto de la guerra, declarando las cosas buenas y generosas que vamos á hacer después de ella. Indudablemente, Alemania se proponía hacernos á todos buenos y felices una vez que nos hubiera reducido á obediencia. Por el momento, no podemos sino pensar en nuestro deber y en la necesidad de nuestra conservación. Y yo creo que en este problema ambos van juntos: nuestro interés coincide con nuestro honor.

Es curioso cuán á menudo ocurre esto. Una de las viejas creencias optimistas del liberalismo del siglo XIX, frecuentemente ridiculizada, es que el deber de una nación coincide generalmente con su interés. No hay duda que pueden encontrarse abundantes excepciones, pero yo creo que fundamentalmente, tanto para las naciones como para los individuos, la mala fe ó la maldad palpablemente consciente es en extremo desventajosa. Este hecho es más interesante de lo que parece á primera vista.

Hay muchos venenos tan desagradables que no pueden tragarse sin disfraz. No hay poder que induzca á un hombre ó á un perro á ingerir una cucharada de nicotina ó ácido prúsico. Podéis tentar al perro con la promesa de huesos futuros, podéis persuadir al hombre que precisamente era esa medicina la que su salud necessitaba; pero sus músculos de deglución se negarán á obrar. Indudablemente, en los planes de la naturaleza la repugnancia es una medida que salva á la raza. Ahora bien, no puedo menos de sospechar que—mucho m s débil y faliblemente—la negativa rotunda é invencible con que un hombre dotado de sentido del honor ó de sentimiento religioso acoge cierta clase de proposiciones, que parecen ventajosas por fuera, es exactamente otro aviso de la naturaleza contra el veneno. En todos los casos examinados más arriba, el del martirio cristiano, el del hombre honrado que se negó á abandonar á sus compañeros, no fué cierto decir, como parece que dijimos, que la ventaja estaba de un lado y el honor del otro. El deshonor le hubiera acarreado una desventaja más sutil y

duradera, mayor después de todo que la muerte inmediata. Si el cristiano hubiera hecho sacrificios al ídolo, ¿ qué hubiera sido de su vida después ? Acaso sus amigos hubieran repudiado su ejemplo y hubieran sufrido martirio ; sólo se hubiera quedado con su vergüenza. Acaso hubieran imitado su ejemplo y por causa de él toda la partida de los " fieles " hubiera traicionado á Cristo. Ni una cosa ni otra hubiera sido una solución muy envidiable. Sin hablar mucho y sin ostentación, ¿ no fué mucho mejor para la Iglesia entera y probablemente para el individuo mismo que desafiase á sus perseguidores y muriese ? ¿ Y no puede sostenerse lo mismo ahora en el caso de cualquier patriota belga ó servio que haya tenido voz en el acto de su país ? La alternativa no era el honor y la desdicha por una parte, y el deshonor y la vida feliz por otra. A un lado estaba el honor y un gran sufrimiento físico ; al otro, el deshonor y una vida sutilmente afectada por ese deshonor en mil formas imprevistas. No menosprecio la tremenda importancia del dolor físico ; no menosprecio la ventaja de vivir todos los años que sea convenientemente posible. Pero los hombres han de morir alguna vez, y si nos atrevemos á confesar la verdad, la cosa que la inmensa mayoría de nosotros desea en lo hondo del corazón, la cosa que ó bien es la felicidad postrera ó bien es á los hombres más cara que la felicidad, es la facultad de cumplir con nuestro deber, y, al morir, el haber lo cumplido. Lo prueba la conducta de nuestros soldados y marinos. " *La última vez que le vi fué en el puente, en su puesto.*" Estas palabras son de un informe oficial escrito por el capitán de uno de nuestros cruceros perdidos. Pero esa es la clase de epitafio que casi todos los hombres anhelan para sí, y supongo que los hombres más cuerdos para su misma nación.

Si aceptamos esto, podremos deducir más consecuencias. No todo es malo en la guerra. Es una tragedia verdadera que debe ir acompañada de la nobleza y del triumfo, lo mismo que del desastre. . . . Este es un terreno peligroso. El asunto se presta á una necia ampulosidad, especialmente cuando se carece de verdadera imaginación. No debemos ponernos á encomiar la guerra sin detenernos á pensar en los centenares de miles de seres humanos mezclados en tales horrores de dolor y bajezas, que si en nuestra vida corriente viésemos á un hombre tratado de esa manera, la memoria del espectáculo nos angustiaría hasta el término de nuestra existencia ;

debemos acordarnos de los caballos, acordarnos de las amables criaturas brutalizadas por la fatiga y la inmundicia, de las personas en otro tiempo razonables transformadas ahora por la furia y el miedo en demonios de crueldad. Pero una vez que nos hayamos dado cuenta de eso, podemos aventurarnos á buscar en este desierto del mal algún oasis de extraordinario bien. Al parecer estos hombres que están occupados en lo que se asemeja á un inmenso crimen, debieran descender más abajo del promedio humano, más abajo del tipo corriente del hombre del pueblo. Pero ¿descienden? Día tras día llegan de la primera línea ríos de cartas, extrañas historias, fragmentos de diarios, etc., llenos de pequeños hechos íntimos que delatan un carácter, y casi todos coinciden en demostrar que estos hombres no han descendido, sino que se han elevado. Ha habido, sin duda, una selección de cartas; hasta cierto punto, sus autores repiten lo que quisieran recordar y omiten lo que desearían olvidar. Pero concedido todo esto, no puede uno leer las cartas y los despachos sin un sentimiento de casi apasionada admiración por los hombres de quienes hablan. Originariamente, no eran hombres escogidos por sus cualidades peculiares. Eran precisamente nuestros conciudadanos habituales, los hombres que encontramos en una acera atestada de gente. Nada indicaba que su conducta en la vida común fuese mejor que la de sus vecinos. Ahora sin embargo, bajo la presión de la guerra, percibiendo ante sí un deber que es claro é incontestable y terrible, realizan á diario cosas más nobles de las que la mayor parte de nosotros ha tenido nunca ocasión de realizar, cosas que apenas nos sentimos capaces de hacer. No me refiero á las raras hazañas que ganan una cruz Victoria ó una cruz de la Legión de Honor, sino al necesario heroismo habitual del promedio de los soldados: la larga resistencia, la obediencia ferviente, la vida íntimamente ligada en que el sacrificio de sí mismo es la regla normal y en que se perdona á todos los hombres menos á aquel que se salva á expensas de su compañero. Pienso en los hombres que comparten sus últimas galletas con un labriego medio muerto de hambre, en los que socorren á camaradas heridos durante los días y las noches de una horrible retirada, en los que dan sus vidas por salvar á sus compañeros ó á sus oficiales.* O pienso en la expresión de las caras

* Tómense, por ejemplo, dos relaciones entre veinte.

1. El cabo de lanceros Edmondson, de los Lanceros Reales Irlandeses, refería á un periodista sus experiencias del siguiente modo: "No hay

que he visto ó que otros nos han descrito: algo alerta y alegre y digno brillando en los ojos de aquellos que van á la primera línea y aun de los heridos que regresan. "Ni una vez—escribe un corresponsal—ni una vez desde que estóy en Francia he visto entre los soldados un rostro enojado ú oído una palabra de enojo. Siempre están tranquilos, formales y admirablemente animados." Nadie

---

duda alguna de que á nuestros soldados les anima todavía el espíritu antiguo. Me encontré con dos soldados de los Montañeses de Argyll y Sutherland que se habían extraviado en Mons. Uno estaba muy mal herido, pero su compañero no quiso abandonarle en todo el tiempo y en un país que hervía de alemanes. Aunque sólo tenían unas galletas entre los dos, se arreglaron para salir adelante hasta que los recogimos. Yo insistí en que el ileso me dijese cómo se las habían compuesto para pasar cuatro días con seis galletas, pero siempre se enfadaba y me mandaba callar. Me imagino que él se pasó sin nada y dió las galletas al herido. Varias veces los labriegos franceses les ofrecieron albergue, pero tal miedo tenían de ocasionar perjuicios á estas bondadosas gentes, que nunca quisieron aceptar. Una noche la pasaron tendidos al raso durante un fuerte aguacero, aunque allí á mano había una casa donde hubieran podido tener albergue. Por allí merodeaban los hulanos y no quisieron comprometer á los franceses, á pesar de que éstos se hubieran alegrado de ayudarles."

2. Un cabo del Regimiento del Yorkshire del Oeste, que está ahora herido en el hospital de Woolwich, refiere lo siguiente de un soldado, no identificado, del Regimiento Real Irlandés, quien dió deliberadamente su vida para prevenir á sus compañeros contra una emboscada:

"La batalla donde me hirieron tuvo lugar en una aldehuela cerca de Rheims. Luchábamos en contacto con los franceses á la izquierda. Una mañana temprano nos enviaron á esta aldea, que suponíamos libre del enemigo. En las afueras preguntamos á un muchacho francés, pero parecía asustado y echó á correr. Atravesamos una calle larga y estrecha, y cuando ya veíamos el final, un hombre salió precipitadamente de una casa de la derecha. Inmediatamente se oyó una descarga de fusilería y el pobre hombre cayó muerto antes de llegar á nosotros.

Era uno de nuestros soldados, del Regimiento Real Irlandés. Supimos que el día anterior una partida de caballería alemana, que merodeaba por allí, le cogió prisionero y le retuvo en la casa de labranza donde los alemanes estaban emboscados, esperándonos. Comprendió lo que preparaban y aunque sabía que le matarían al menor ruido, decidió hacer una salida precipitada para anunciarnos lo que nos aguardaba. Tenía más de una docena de balas en el cuerpo y no hubo la menor esperanza de salvarle. Le llevamos á una casa hasta el final del encuentro y al día siguiente le enterramos con honores militares. Faltaba su chapa de identificación y todo otro detalle, de modo que sobre su tumba sólo pudimos colocar este epitafio, tributo debido á uno que era más grande: "Salvó á los demás; él mismo no pudo salvarse." Cuando le dimos sepultura en aquella aldehuela, ninguno de nosotros tenía los ojos secos."

que haya seguido con atención la guerra necesita que se le hable del heroismo de estos hombres. No olvido los miles que se quedan en el campo de batalla para morir, ni el gemir de los heridos que se oye durante todo el día entre el estrépito de los cañones. Pero también hay en ello una extraña y profunda alegría. " Uno siente una extraordinaria libertad—escribe un joven oficial ruso—en medio de la muerte, con las balas silbando alrededor. Lo mismo ocurre á los soldados. Todos los heridos desean curarse para volver á combatir. Combaten con lágrimas de alegría en los ojos."

La naturaleza humana es una cosa misteriosa y el hombre no halla su bienestar y su infortunio donde suele creerse. Tener ante los ojos algo que se ve claramente, que hay que hacer, que se puede hacer y que para hacerlo hay que invertir toda la energía posible y acaso la vida : he ahí por lo menos una forma de alta felicidad, una forma que no sólo está al alcance—los hechos lo prueban—de los santos y los héroes, sino del promedio de los hombres. Indudablemente, en la vida ordinaria pueden hallar ocasión de esa misma felicidad los pocos que han nacido con discreción é imaginación suficientes ; pero en la guerra cualquier hombre la encuentra. Este es el triunfo interior que reside en la entraña de la gran tragedia.

LONDRES : IMPRENTA DE WM. CLOWES AND SONS, LIMITED.


cost
pl. S. Justo, 2, barna